

SERMONES SELECTOS DE
C.H.
SPURGEON

SERMONES SELECTOS DE
C.H.
SPURGEON

MÁS DE 100
SERMONES COMPLETOS
Y SUS CORRESPONDIENTES BOSQUEJOS
VOLUMEN -1



editorial clie

C.H. Spurgeon

EDITORIAL CLIE

C/ Ferrocarril, 8

08232 VILADECAVALLS (Barcelona) ESPAÑA

E-mail: libros@clie.es

Internet: [http:// www.clie.es](http://www.clie.es)

SERMONES SELECTOS DE C.H. SPURGEON, VOL.1

Copyright © 2003 por Editorial CLIE

ISBN: 978-84-8267-386-8

Printed in Colombia

Clasifíquese:

328 HOMILÉTICA:

Sermones colecciones

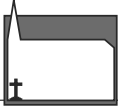
CTC: 01-04-0328-16

Referencia: 224496



Índice General

Prólogo	7
CAPÍTULO I: SOBRE EL PADRE, EL HIJO Y EL ESPÍRITU SANTO	11
1. Dios	13
2. Jesucristo	36
3. Espíritu Santo	78
CAPÍTULO II: SOBRE ÁNGELES Y DEMONIOS	103
1. Ángeles	105
2. Satanás	109
CAPÍTULO III: ACERCA DE LA BIBLIA	125
1. Estudio de la Biblia	127
2. Parábolas	144
3. Personajes	177
4. Tipos y figuras	215
CAPÍTULO: PARA LA VIDA CRISTIANA	231
1. Discipulado	233
2. Educación familiar	244
a) Hijos	244
b) Ancianos	250
3. Oración	255
4. Fe	266
5. Arrepentimiento	274
6. Perdón	280
7. Regeneración	284
8. Santificación	289
CAPÍTULO V: SOBRE LA BUENA NUEVA DEL EVANGELIO	297
1. Evangelización	299
2. Misiones	345
3. Iglesia	357
a) Avivamiento	357
b) Liturgia	374
CAPÍTULO VI: LA GRACIA DE LA SALVACIÓN	389
1. Salvación y gracia	391
2. Expiación y justificación	405
3. Pecado y ley	428
4. Nuevo pacto	455
5. Muerte y resurrección	462
CAPÍTULO VII: ESCATOLOGÍA	549
1. Segunda venida	551
2. Juicio	588
3. Cielo	591



CAPÍTULO VIII: DEVOCIONALES	603
ÍNDICES	689
Índice escritural	691
Índice de títulos	695



Prólogo

Casi resulta innecesario hacer una presentación del mundialmente conocido Charles Haddon Spurgeon. La Iglesia evangélica se ha nutrido de grandes lecturas inspiracionales, como *Sólo por gracia*, *Libro de cheques del banco de la fe* y *Tesoro de David*, entre otras, nacidas de su mente privilegiada. Con todo, hemos querido hacer una breve introducción de lo que fue su vida,¹ o lo que es lo mismo, de lo que fue su obra, que definida en una sola palabra, podríamos decir, fue una vida de constante predicación. De ahí su tan merecido sobrenombre: «el príncipe de los predicadores».

Charles Haddon Spurgeon nació el 19 de junio de 1834 en Kelvedon (Essex, Inglaterra). Su padre y abuelo eran pastores congregacionalistas. Recibió una temprana educación en Colchester, y también pasó un año en el Colegio de Agricultura de Maidstone, donde estudió ciencias naturales.

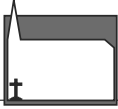
Halló su conversión en una pequeña capilla metodista que había cerca de su casa en Colchester, a la que asistió casualmente una tarde de nevada. Con 15 años, y convencido por sus propias lecturas bíblicas, decidió bautizarse de nuevo por inmersión, pese al disgusto de sus padres, que eran paidobautistas. El acto tuvo lugar el 3 de mayo de 1850. Enseguida comenzó a enseñar en la Escuela Dominical. Su fama de «niño predicador» creció por todas partes. Mientras estaba en Newmarket como bedel en un colegio, comenzó a enseñar a los niños de la Escuela Dominical, de tal manera que atrajo a oyentes adultos. Luego, en Cambridge, prosiguió esta práctica, con la adición de sermones los domingos por la noche en los pueblos circundantes. En 1851, a la edad de 17 años, este joven Timoteo fue llamado a pastorear la pequeña iglesia bautista de Waterbridge. Aceptó, y mientras la gente se apiñaba en la capilla, la iglesia dobló la congregación bajo su ministerio. En los días laborables, once pueblos compartían la ventaja de oír sus sermones, que, en un año, ascendieron a tantos como días tiene el año. En enero de 1854, fue invitado a asumir el pastorado de la importante e histórica iglesia bautista de New Park Street, en el sur de Londres, la cual creció tan aprisa que, en 1859, tuvieron que edificar el primer Tabernáculo Metropolitano. No satisfecho con cumplir los deberes de este cargo, predicaba en muchos otros lugares durante la semana.

Era un hombre inteligente. Sus estudios en Colchester y en el Colegio de Agricultura de Maidstone contribuyeron indudablemente en mucho a alimentar su erudición e interés,

¹ Esta es una breve relación de la vida y ministerio de Charles Haddon Spurgeon extraída y parafraseada del *Diccionario de Autores* compilado por Alfonso Roper, CLIE (disponible gratuitamente a través de la página de CLIE en Internet www.clie.es). Para aquellos que quieran obtener una información más completa acerca del autor, les remitimos a las siguientes biografías que de él se han escrito o traducido al español:

Rodríguez y García, A. S., *Biografía de Spurgeon*, ed. CLIE, Terrassa, 1987.

Murray, Iain, *Spurgeon, un príncipe olvidado*, ed. Estandarte de la Verdad, Barcelona, 1964.



especialmente, por las ciencias naturales. Como bedel en la escuela en Newmarket, y después en funciones semejantes en Cambridge, acumuló un tesoro bibliográfico no pequeño. Pero sus mejores adquisiciones las hizo en su temprano y preciso conocimiento de la naturaleza humana, que le hizo poseer la Providencia por medio de una disciplina juvenil en una vida diversificada. De ahí la riqueza y variedad de sus ilustraciones, que tanto aumentaban la belleza y el vigor de sus discursos públicos.

A la Biblia adscribía él la disciplina de sus facultades intelectuales, así como su conocimiento de la verdad divina:

«Desde que he conocido a Cristo, he puesto a Cristo en el centro como mi sol, y cada ciencia secular gira alrededor de Él como un planeta, mientras que las ciencias secundarias son satélites de sus planetas».

Spurgeon ejerció una gran influencia en Londres. Llegó a la capital lozano desde los tranquilos campos de la observación precisa y del pensamiento independiente, dispuesto a servir sin darse los menores aires de grandeza, pero determinado a no dejarse manipular por ningún tipo de influencia. En un discurso acerca de 1ª Juan 5:4, llegó a decir lo siguiente:

«Un amigo muy gentil me dijo que mientras estuviera predicando en Exeter Hall tendría que respetar las varias opiniones de mis oyentes; que a pesar de que yo sea calvinista y bautista, debería recordar que hay aquí una diversidad de credos. Ahora bien, si yo no fuera a predicar nada más que lo que fuera a complacerles a todos ustedes, ¿qué tendría que hacer yo? Predico lo que creo cierto; y si la omisión de una sola verdad que creo cierta fuera a hacerme rey de Inglaterra por toda la eternidad, no por ello la dejaría de lado. Aquellos que no gustan de lo que yo digo tienen la opción de dejarlo. Vienen aquí, supongo, a complacerse a sí mismos; y si la verdad no les complace, pues pueden dejarla».

El 8 de enero de 1856 contrajo matrimonio con Ana Thompson y fundó el colegio para predicadores que lleva su nombre. En 1869 creó el orfanato de Stockwell, que todavía continúa activo. También fundó y sostuvo mediante las ofrendas del Tabernáculo la *Temperance and Clothing Association*, que ayuda a familias desestructuradas a causa del alcoholismo; así como la *Pioneer Mission* y la *Colportage Association*. Como muchos evangélicos de su generación, creía que el Evangelio debía aplicarse también a asuntos sociales, políticos, económicos, igual que a la Iglesia, la familia y la vida individual. Apoyó la política liberal del primer ministro británico W. E. Gladstone y enseñó a no dividir artificialmente entre lo sagrado y lo secular. De este modo los evangélicos victorianos, sin teoría ni teología social alguna, se lanzaron como nadie a la labor social.

Durante su pastorado, la iglesia Tabernáculo Metropolitano llegó a tener 6.000 miembros, además de 14.592 convertidos durante su ministerio, que ingresaron en otras iglesias. La predicación de Spurgeon en Londres es uno de los más destacables fenómenos evangelísticos. Las mentes más elevadas y las más humildes, los ricos y los pobres, los nobles y el pueblo, en multitudes incontables, se apiñaban en los lugares donde ministraba y escuchaban arrebatados sus palabras inspiradas.

El editor de la revista *Examiner* de Glasgow, contemporáneo suyo, describía así este fenómeno:

«Su predicación es totalmente peculiar, y no es de fácil descripción. Probablemente lo que sigue pueda darle al lector una cierta idea de ella...

Algunos predicadores deben mucho a su personalidad o presencia en el púlpito. Antes de que abran la boca, hay algo en ellos que provoca una especie de maravilla y respeto



en la audiencia. De la apariencia de este predicador se puede decir que es interesante más bien que impresionante. Es bastante joven, y su rostro es aniñado. Es de tamaño medio, tirando a pequeño más que a grande, y no tiene ninguna de las ventajas físicas del orador en su apariencia. Pero lo que carece de apariencia lo tiene de realidad. Tan pronto como comienza a hablar se oyen tonos de la más rica melodía. Una voz plena, dulce y musical cae en cada oído, y despierta emociones gratas en cada alma en la que hay una simpatía por los sonos. Esta voz excelentísima está bajo un perfecto control y puede susurrar o tronar a voluntad de su poseedor. Y hay poesía en cada rasgo y movimiento, así como música en la voz. El semblante habla, toda la forma vibra en armonía. La acción va totalmente al unísono con los sentimientos y el ojo escucha apenas menos que el oído la dulce y fluida oratoria.

Por supuesto que entre los 30.000 predicadores ingleses y los 3.000 escoceses hay muchas voces dulces como ésta, y muchos que han estudiado con gran minuciosidad el arte de la oratoria, pero, sin embargo, no llegan a atraerse una audiencia tan elevada. El señor Spurgeon es algo más que «una voz que clama»; tiene raras capacidades de observación, memoria, asimilación y creación. Su campo de observación es amplio y variado. Parece haber abierto los ojos a la naturaleza en todas sus variedades, a la ciencia en todos sus descubrimientos y a la literatura en todos sus departamentos. Todo lo que el ojo humano puede observar, u oír el oído, parece haber dejado una impresión indeleble en sus capacidades intelectuales. La impresión no sólo queda hecha, sino que se mantiene imborrable. Cada monte, cada valle, cada libro, cada frase que haya atravesado su camino, queda para siempre fijada en su recuerdo.

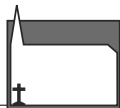
Y no sólo fijada, sino que constituye el material sobre el que operan unos maravillosos poderes de asimilación. De las formas de belleza que ven sus ojos se crean otras formas aún más encantadoras. El paisaje natural más encantador queda adornado con una belleza adicional, con la ayuda de una fantasía refinada y disciplinada. Los pensamientos que han venido a la deriva desde edades remotas pasan por el crisol de su mente, y, purificados de lo negativo, salen llevando su imagen y su prescripción. Hay en él, evidentemente, un gran poder de genio asimilador, y ocasionalmente indicadores de un orden de genio aún mayor: aquel que crea formas nuevas y lozanas de hermosura, que llevan la marca distintiva de su propia mente.

Estas cualidades superiores están evidentemente ayudadas por un estrecho estudio de las gradas de la oratoria. Lo natural ha sido ayudado por el estudio, las dotes de orador por las gracias. A pesar del ocasional descuido de todas las leyes de la lógica y del raciocinio, hay evidentemente un exhaustivo conocimiento y aprecio de ambas. El descuido forma a veces un placentero contraste con lo preciso. El arco disparado al azar puede enviar una flecha más directamente a su blanco que el arco disparado según las normas más estrictas».

Hay que tener en cuenta, no obstante, que el propósito de Spurgeon no fue nunca «reunir una gran cantidad de personas» en su iglesia, sino «que ésta aprendiera de verdad cómo orar». Acaso, para Spurgeon, «la oración es el nervio ligero que mueve los músculos de la omnipotencia». Como maestro del arte de orar enfatizó la necesidad de argumentar con Dios en oración, de persuadirle, de mostrar que se va en serio delante del trono de gracia.

Predicó igualmente en Escocia (1855), Irlanda (1858) y Ginebra (Suiza, 1860).

En agosto de 1887, comenzó una controversia dentro de la Unión Bautista de Inglaterra, conocida como la *Downgrade*, o «degradación» –término de difícil traducción–, a



causa de la creciente tendencia de los pastores bautistas a aceptar el liberalismo acerca de la inspiración de la Biblia y la historicidad de ciertas partes de las Escrituras. Viendo rechazados por mayoría absoluta sus alegatos contra el modernismo dentro de la Unión, Spurgeon se separó de ésta en octubre de ese mismo año.

Calvinista convencido, se le llamó «heredero de los puritanos», en cuanto de ellos recibió la base y fundamento del Evangelio de la gracia de Dios en toda sus dimensiones, anchura y profundidad:

«La antigua verdad que predicó Calvino –escribía el propio Spurgeon–, que predicó Agustín, que predicó Pablo, es la verdad que yo debo predicar hoy, o por el contrario ser un traidor a mi conciencia y a mi Dios. No puedo moldear la verdad; no conozco tal cosa como embotar los filos de una doctrina. El Evangelio de John Knox es mi Evangelio. Aquello que tronó en toda Escocia debe tronar en Inglaterra de nuevo».

Spurgeon tuvo siempre una salud muy débil, lo que le obligó a pasar temporadas en el clima más cálido de Menton (Francia); fue precisamente allí donde murió el 31 de enero de 1892. Aunque corta, vivió una vida muy intensa. Sus libros, mundialmente conocidos, son mayoritariamente recopilaciones de sus sermones, miles, estenografiados, y que en inglés llenan más de 48 volúmenes.

Editorial CLIE ha decidido reeditar estos sermones, algunos ya traducidos y editados con anterioridad, en un nuevo e innovador formato más práctico y asequible. En este primer volumen incluimos más de cien sermones de Spurgeon, ordenados temáticamente y complementados con un Índice Escritural –de los versículos claves a partir de los cuales se desarrollan los temas– y un bosquejo para cada sermón. Tales bosquejos constituyen meramente un contorno natural de la exposición, respetando los argumentos e ilustraciones que emplea Spurgeon para dilucidar y vigorizar sus verdades conductoras.² Todo ello a fin de aumentar la utilidad de esta rica herencia de homilética que nos ha sido legada, como modelo para pastores y estudiantes de seminarios, a la vez que una fuente de enseñanza e inspiración a todos los creyentes.

LA EDITORIAL

² La disposición de los sermones del señor Spurgeon era sencilla y textual. No empleaba notas, por lo que a veces resultaba algo episódico en el curso de sus demostraciones; pero nunca se apartaba tanto que no pudiera en el acto recuperar su posición con un interés y facilidad en aumento. Siempre se advertía en él aquella manera franca, abierta y cordial, que no duda en exponer las opiniones más sorprendentes, y que, combinado con su intensa sintonía con las masas, le daba a su poseedor una fascinación sublime sobre el corazón popular.



Capítulo I

Sobre
el Padre,
el Hijo
y el Espíritu Santo



1. Dios

1. EL ENCARECIMIENTO DEL AMOR

«Dios encarece su amor hacia nosotros en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Romanos 5:8).

INTRODUCCIÓN: El amor de Dios, no con palabras, sino con obras

I. PRIMER ENCARECIMIENTO: «Cristo murió por nosotros»

1. Cristo, quien murió por nosotros
2. Cristo murió por nosotros

II. SEGUNDO ENCARECIMIENTO: «Siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros»

1. La clase de pecadores que somos
 - a) Persistentes
 - b) Voluntariosos
 - c) Enemigos
2. Cristo murió sin que se lo pidiésemos

CONCLUSIÓN: Razones para el encarecimiento del amor de Dios

EL ENCARECIMIENTO DEL AMOR

INTRODUCCIÓN

No tengo nada nuevo que decir; lo que os diré es tan antiguo como los collados eternos, y tan sencillo que un niño lo puede entender: el encarecimiento del amor.

Pero este encarecimiento que Dios hace de Sí mismo y de su amor no es con palabras, sino con obras. Así, cuando el Dios Omnipotente quiso encarecer su amor para con el hombre en su miseria, no está escrito:

«Dios encarece su amor hacia nosotros en una elocuente oración».

Esto es, no está escrito que encarezca su amor mediante declaraciones atrayentes; no, sino que encarece su amor para con nosotros mediante una acción, una obra; una obra sorprendente, la inenarrable gracia que la misma eternidad apenas si podrá sondear...

«Dios encarece su amor hacia nosotros en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros».

Aprendamos, pues, en el mismo umbral de nuestro texto, que si queremos encarecer algo de nosotros mismos, ha de ser por obras, no por palabras. Los hombres pueden hablar de manera hermosa y pensar que de esta forma conseguirán ser estimados; pueden disponer sus palabras con destreza y creer que de esta manera conseguirán ser respetados. Pero será mejor que recuerden que no es la prolija oratoria de la lengua, sino la elocuencia más poderosa de la mano, la que consigue el afecto del gran corazón del mundo.

Por tanto, si quieres recomendarte ante tus semejantes, ve y haz, no vayas y digas. Si quieres alcanzar honor de parte de los notables, no hables, actúa. Demuestra que la prueba de la fe de los escogidos de Dios no son las palabras elocuentes, dichas en oración o alabanza, sino la obra expiatoria, la acción santa, que es, de hecho, la justificación de tu fe. Hacer, no decir —actuar, no hablar—, éstas son las cosas que encarecen a un hombre.

«No palabras hinchadas de habladores, ni buenas jactancias bastarán; corazones rotos y caminantes humildes: éstos el amor de Jesús atraerán».

Imitemos, pues, a Dios en esto; si queremos encarecer nuestra religión ante la humanidad, no podemos hacerlo mediante meras formalidades, sino mediante actos de gracia e integridad, amor y perdón, que son los descubrimientos adecuados de la gracia en nuestro corazón:

«Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los Cielos» (Mt. 5:16).

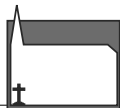
«Solamente que os comportéis como es digno del Evangelio de Cristo» (Fil. 1:27), de esta manera le honraréis, y «adoraréis la doctrina» que profesáis.

Pero ahora pasemos a examinar esta poderosa obra mediante la cual Dios encarece su amor. A saber, pensamos que es doble; creemos que el apóstol nos ha dado un doble encarecimiento de amor...

I. PRIMER ENCARECIMIENTO

Así, el primer encarecimiento del amor es: «Que (...) Cristo murió por nosotros».

Y como todo el texto es doble, así esta oración contiene asimismo un doble encareci-



miento. Hay un encarecimiento de amor en la Persona que murió:

«Cristo murió por nosotros».

1. Tenemos, primero, el mayor encarecimiento del amor: que fue Cristo quien murió por nosotros. Cuando el hombre pecador erró de su Hacedor, se hizo necesario que Dios castigase sus pecados. Él había jurado por Sí mismo:

«El alma que pecare, ésa morirá» (Ez. 18:20).

Y Dios –sea esto dicho con toda reverencia a su santísimo Nombre–, no podía apartarse de lo que había dicho. Él había declarado en el Sinaí que en modo alguno tendría por inocente al malvado; pero por cuanto quería perdonar a los pecadores, era necesario que alguien llevase el padecimiento que los culpables hubiesen debido soportar, para que mediante la sustitución vicaria de otro, Dios pudiese ser «el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús».

Ahora bien, podría haber surgido esta pregunta: ¿Quién será el chivo expiatorio por los pecados del hombre? ¿Quién será el que llevará sus transgresiones y quitará sus pecados?

Si se me permitiese imaginar, podría casi concebir un parlamento en el Cielo. Los ángeles están reunidos, y se les hace esta pregunta:

«Querubines y serafines, cohortes de los glorificados, Espíritus que como llamas de fuego vais a mi mandato, vosotros, seres felices, a los que he creado para mi honra, aquí hay una cuestión que quiero condescender a presentaros para vuestra consideración: el hombre ha pecado, no hay forma de que sea perdonado excepto que alguien sufra y pague sangre por sangre... ¿Quién será?».

Puedo imaginar el silencio cayendo sobre toda aquella augusta asamblea. Gabriel no habló. Podría haber extendido sus alas y batido con ellas el éter si hubiese sido posible; pero sintió que nunca podría llevar sobre sus hombros la culpa de todo un mundo, y por ello se quedó sentado en silencio. Y todos los más poderosos entre los poderosos, los que podrían sacudir un mundo si Dios se lo mandase, se quedaron sentados en silencio, porque todos se sentían impotentes para cumplir la redención. No pienso que ninguno de ellos se aventurase a esperar que el mismo Dios asumiese carne humana para morir. No creo que entrase siquiera en los pensamientos de los ángeles que el

poderoso Hacedor de los Cielos fuese a inclinar su temida cabeza y se hundiese en el sepulcro. No puedo imaginar que los más inteligentes y seráficos de estos seres gloriosos hubiesen podido consentir ni por un momento un pensamiento así en su corazón. Y cuando el Hijo de Dios, levantándose de su trono, se dirigió a ellos diciendo: «¡Principados y Potestades! ¡Yo me haré carne y velaré esta mi Deidad en ropajes de barro mortal! ¡Yo moriré!», me parece ver a los ángeles atónitos por una vez.

Ellos habían visto la creación de los mundos. Habían contemplado la Tierra, como una chispa de la masa incandescente de materia informe, martilleada y saliendo del yunque de la Omnipotencia y lanzada al espacio; y, sin embargo, aquello no los había dejado atónitos. Pero en esta ocasión, pienso que no dejaron de maravillarse:

–¡Qué! ¡Tú morirás, oh Verbo! ¡Creador! ¡Amo! ¡Infinito! ¡Omnipotente! ¿Tú vendrás a ser hombre y morirás?

–Sí –dijo el Salvador– eso haré.

¿Y vosotros, mortales, no os asombráis? ¿No os quedáis atónitos? ¿Qué! ¿Vosotros no os maravilláis? Pues las huestes del Cielo están aún maravilladas... Aunque muchas eras han pasado desde que lo oyeron, todavía no han cesado de admirarse. ¿Y vosotros no habéis aún comenzado a maravillaros? ¿No moverá vuestros corazones el tema que mueve a maravilla al serafín? ¡Qué el mismo Dios se haga hombre, y que muera por vosotros!

Si hubiese sido un arcángel quien muriese por nosotros, habría sido motivo de gratitud; si hubiera sido sencillamente un hombre bueno y santo que hubiese derramado su sangre, podríamos haberle besado los pies y amado para siempre; pero al ver que quien gimió en el madero no era otro que el Dios Omnipotente, y que aquel que sudó en el huerto cuando era hombre no era otro que una Persona de la siempre gloriosa Trinidad, es ciertamente el mayor encarecimiento del amor que Cristo muriese. Dadle vuelta a este pensamiento en vuestras mentes; ponderadlo en vuestras meditaciones, sopesadlo en vuestros corazones...

Si tenéis ideas correctas de la Deidad, si queréis conocer lo que Cristo es, si podéis concebir a Aquel que es Dios eterno, y con todo el hombre, si podéis imaginarlo, a aquel hombre



puro, santo, perfecto y con todo el Creador eterno, si podéis concebirle como el hombre que fue herido y, no obstante, como el Dios eternamente excelso, si podéis imaginarlo como el Hacedor de todos los mundos, como el Señor de la Providencia, en quien todas las cosas existen y consisten, si lo podéis concebir ahora revestido de esplendor, rodeado de las sinfonías corales de miríadas de ángeles, entonces, quizás, podréis llegar a una idea de cuán profunda fue su condescendencia cuando descendió del Cielo a la Tierra, de la Tierra al sepulcro, del sepulcro hasta –se dice– el «Seol» más profundo, para poder hacer su condescendencia perfecta y completa. Él «ha encarecido su amor» para con vosotros, queridos hermanos, en que fue Cristo, el Hijo de Dios, quien murió por nosotros.

2. La segunda parte del primer encarecimiento reside en esto, que Cristo murió por nosotros. Fue un gran acto de amor cuando Cristo se hizo hombre por nosotros, cuando se desnudó de las glorias de su Deidad por un tiempo, para venir a ser un bebé pequeñuelo, durmiendo en el pesebre en Belén. No fue pequeña su condescendencia cuando se despojó de todas sus glorias, colgó su manto en el Cielo, dejó su diadema y el placer de su trono, y descendió a ser carne. Fue además un amor no pequeño, cuando vivió una vida santa y sufriente por nosotros; asombroso fue su amor cuando Dios, con pies de carne, pisó esta Tierra y enseñó a sus propias criaturas cómo vivir, soportando mientras tanto sus burlas y escarnios con un ánimo longánime y sin ira. No fue pequeño el favor suyo que condescendiese a darnos un perfecto ejemplo mediante su intachable vida; pero el encarecimiento de su amor reside en esto: no en que Cristo viviese por nosotros, sino en que Cristo murió por nosotros.

Venid, queridos oyentes, por un momento, y ponderad estas palabras: «¡Cristo murió por nosotros!».

¡Oh, cómo amamos a nuestros valientes defensores de la nación que antaño murieron por nosotros en una tierra lejana! Algunos entre nosotros mostramos nuestra simpatía a sus hijos e hijas, a sus esposas y niños, cuando los padres fueron sepultados. Sentimos que un soldado herido es un amigo nuestro, y que somos para siempre sus deudores. Puede que no nos guste la guerra, puede que algunos de nosotros pen-

semos que no es un acto cristiano blandir la espada, pero estoy seguro de que amamos a los hombres que han querido defender nuestro país con sus vidas y que murieron por nuestra causa. Derramaríamos una lágrima sobre las silenciosas tumbas de aquellos héroes si nos encontrásemos ahora allí. Y, amados, si alguno de nuestros amigos arrostrase un gran peligro por nuestra causa y, más concretamente, si fuese a suceder que cualquiera de ellos muriese por nosotros, ¿no los amaríamos de forma especial desde entonces?

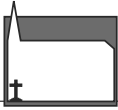
Más aún, ¿sabe alguno de nosotros lo que se contiene en esta gran palabra, «morir»? ¿Podemos medirla? ¿Podemos contar sus profundidades de sufrimiento, o sus alturas de agonía? «¡Murió por nosotros!».

Algunos entre vosotros habéis visto la muerte: sabéis cuán grande y terrible es su poder. Sí, habéis visto al hombre fuerte inclinándose, con las rodillas temblándole; habéis visto romperse el hilo de la vida, y habéis visto miradas heladas por la muerte. Habéis observado el tormento y las agonías que abruman a los hombres en la hora de su muerte, y habéis dicho: «¡Ah! ¡Es una cosa solemne y terrible morir!». Pero, mis oyentes, «Cristo murió por nosotros». Todo lo que la muerte podía significar, lo soportó Cristo. Él dio el espíritu, rindió su aliento; su cuerpo vino a ser cadáver sin vida, y fue sepultado como los cuerpos del resto que han muerto:

«Cristo murió por nosotros».

Consideremos las circunstancias que acompañaron a su muerte. No fue una muerte común la suya: fue una muerte ignominiosa, porque murió por acción legal; fue una muerte de un dolor inenarrable, porque fue crucificado... ¿Y qué suerte más terrible hay que morir clavado en una cruz? Fue una muerte larga, lenta, porque colgó durante horas, con sólo sus manos y pies traspasados, miembros que están lejos del asiento de la vida, pero donde están los nervios más tiernos, llenos de sensibilidad. Sufrió una muerte que por sus circunstancias sigue sin paralelo. No fue un golpe certero que quitara su vida del cuerpo y le pusiera fin; fue una muerte pausada, dilatada y terrible, sin ningún consuelo ni simpatía, rodeado de escarnio y menosprecio.

Imagínatelo: le han abierto la espalda a latigazos, han clavado clavos en sus manos y en sus pies, le han levantado. ¡Mira! Han dejado



caer la cruz en el agujero; la han fijado. ¡Contéplalo ahora! Observa sus ojos bañados en lágrimas; ve su cabeza, colgando sobre su pecho. ¡Ah, míralo, mientras sufre, con su negra cabellera, sus mejillas enrojecidas de fiebre! Atiende mientras parece decir, en su silencio:

«Estoy derramado como agua, y todos mis huesos se han descoyuntado; he sido puesto en el polvo de la muerte».

Óyete cuando grita:

«Tengo sed».

Por encima de todo, escúchale cuando grita:

«Eloí, Eloí, ¿lama sabactani?».

Mis palabras no pueden dar la imagen; mis pensamientos fracasan en el intento de expresar todo esto. Ningún pintor ha conseguido jamás tal cosa, ni ningún orador podrá jamás llevarlo a cabo. Pero os ruego que contempléis al regio sufriente. Vedle, con el ojo de la fe, colgando del ensangrentado madero. Oídle gritar, antes de morir:

«¡Consumado está!».

«Ved de su cabeza, manos y pies, el dolor y amor manando mezclados.

¿Estuvieron jamás tal amor y dolor unidos, o compusieron unas espinas tan rica corona?».

¡Oh, cómo querría yo moveros! Si os contase alguna tonta historia de una muchacha enamorada, llorarais; si me hiciese novelista y os diese un triste relato de un héroe imaginario que hubiese muerto transido de dolor, si se tratase de ficción, llegaría a vuestros corazones, pero aquí tratamos de una terrible y solemne realidad, una realidad con la que todos vosotros estáis íntimamente relacionados, porque todo esto fue hecho para todos aquellos de vosotros que con sinceridad os arrepentís de vuestros pecados.

«¿No os conmueve a cuantos pasáis por el camino?» (Lm. 1:12). En otras palabras, ¿no os importa nada que Jesús muriese? Supongo que si sois salvos, sí que os importa, porque la sangre que brota de sus manos brota por vosotros. Aquel cuerpo transido de dolor padece por vosotros; aquellas rodillas, tan débiles por el dolor, están débiles por vosotros; aquellos ojos, derramando torrentes de lágrimas, las derraman por vosotros. ¡Ah, pensad en Él, vosotros que tenéis fe en Él! Y vosotros que aún no habéis creído en Él, oraré por vosotros para que podáis

verle ahora como la expiación de vuestra culpa, como la llave que abre el Cielo a todos los creyentes.

II. SEGUNDO ENCARECIMIENTO

Nuestro segundo punto era éste: «Dios encarece su amor hacia nosotros», no sólo en que Cristo murió por nosotros, sino en que «siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros».

1. Consideremos por un momento qué clase de pecadores hemos sido muchos de nosotros, y luego veremos que fue una gracia maravillosa que Cristo muriese por los hombres, por hombres—dicho sea de paso— que no querían volver arrepentidos, sino que eran pecadores.

a) Consideremos cuántos de nosotros hemos sido pecadores persistentes. No hemos pecado una ni dos veces, sino diez mil veces. Nuestra vida, por recta y moral que haya sido, está jalonada por una sucesión de pecados. Si no nos hemos rebelado contra Dios en los actos externos que proclaman al libertino como un gran pecador, sin embargo, los pensamientos de nuestros corazones y las palabras de nuestros labios son prontos testigos en contra de nosotros de que hemos transgredido de manera continuada.

b) Y, hermanos míos, ¿quién entre nosotros no confesará asimismo pecados de acción? ¿Quién entre nosotros no ha quebrantado el día de Sábado? ¿Quién entre nosotros no ha tomado en vano el Nombre de Dios? ¿Quién entre nosotros osará decir que ama al Señor nuestro Dios con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas? ¿O es que no hemos demostrado, de manera activa, que codiciábamos los bienes de nuestro prójimo? La verdad es que sí, hemos quebrantado estos mandamientos, y bien nos será unirnos a aquella confesión general:

«Hemos hecho cosas que no debiéramos haber hecho; hemos dejado sin hacer cosas que deberíamos haber hecho, y no hay salud en nosotros».

Ahora bien, el dulce pensamiento es que Cristo murió por nosotros, incluso sabiendo que seríamos transgresores persistentes y voluntariosos. Como pecadores, pues, hemos sido reducidos, y por ello hemos venido a ser santos. ¿No encarece esto para con nosotros el amor de Cristo, que Él haya muerto por pecadores, por pecadores enrojecidos como la grana y la



escarlata por el pecado, grandes y persistentes pecadores?

En cuanto a mí, pienso que cuando pecco, pecco peor que muchos de vosotros, porque pecco contra una mejor instrucción que muchos de mis oyentes recibieron en su juventud. Muchos de vosotros, cuando pecáis, pecáis contra fieles ministros y contra las advertencias más solemnes. Habéis hecho costumbre de sentaros a los pies de pastores veraces; con frecuencia os han recordado vuestros pecados. Recordad esto, que cuando pecáis, no pecáis tan barato como otros; cuando pecáis contra la convicción de vuestras conciencias, contra las advertencias de vuestros amigos, contra la luz que poseéis y contra las solemnes amonestaciones de vuestros pastores, pecáis mucho más gravemente que otros.

Acaso el hotentote no peca como peca el británico. El que ha sido criado en esta tierra puede que sea ostensiblemente más recto, pero puede que sea interiormente más malvado, porque peca contra más conocimiento. Pero incluso por ellos Cristo murió: por aquellos que han pecado contra los llamamientos del amor de Dios, contra la voz de su conciencia, contra las invitaciones de la Palabra de Dios, contra las advertencias de su Providencia; sí, por ellos Cristo murió, y en ello Él encomienda su amor para con nosotros, en que murió por pecadores. Tú que me escuchas, si has pecado así, no desesperes por ello, puede que aún te dé regocijo en su redención.

c) Reflexiona otra vez. Cuando éramos pecadores, éramos pecadores contra la misma Persona que murió por nosotros. Extraño es, extraño más allá de toda medida, maravilloso es que el mismo Cristo contra quien hemos pecado muriese por nosotros. Si un hombre fuese herido en la calle, si se exigiese un castigo contra el atacante, sería sumamente extraño que el herido llevase por amor el castigo, para que el otro quedase libre; así fue con Cristo. Él había sido herido y, no obstante, sufrió por el mismo daño que otros le hicieron. Murió por sus enemigos, por aquellos que le odiaban y le escarnecieron.

Hay una antigua tradición que afirma que el mismo hombre que traspasó el costado de Cristo fue convertido; y a veces pienso que quizás en el Cielo nos encontraremos con aquellos mismos hombres que clavaron sus manos y traspasaron su costado. El amor es algo muy

poderoso; puede perdonar a grandes transgresores. Sé que mi Señor dijo: «Comenzad por Jerusalén». Y creo que lo dijo porque allí vivían los hombres que le habían crucificado, y quería que fuesen salvos.

Mi oyente, ¿has blasfemado alguna vez contra Cristo? ¿Te has burlado de Él alguna vez y has escarnecido a su pueblo? ¿Has hecho todo lo que podías para imitar el ejemplo de los que escupieron en su santo rostro? ¿Te arrepientes de ello? ¿Te das cuenta de que necesitas un Salvador? Entonces te digo, en Nombre de Cristo, que Él es tu Salvador; sí, tu Salvador, aunque lo hayas injuriado, lo hayas pisoteado, hayas hablado mal de su pueblo, de su día, de su Palabra y de su Evangelio.

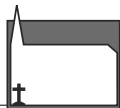
Una vez más, recordemos que muchos de nosotros, como pecadores, hemos sido personas que durante mucho tiempo hemos oído esa buena nueva y, con todo, la hemos despreciado. Quizás no haya nada más asombroso en la depravación del hombre que el hecho de que sea capaz de olvidar el amor de Cristo. Si no fuésemos tan pecaminosos como somos, no habría ninguno de nosotros aquí esta mañana que pudiese contener las lágrimas al pensar en el amor del Salvador, y creo que no hay un solo hombre, mujer o niño aquí que no diría: «¡Te amo, oh mi Dios, porque has hecho tanto por mí!». Sin duda, la prueba más clara de nuestra depravación es que no amemos en el acto al Cristo que murió por nosotros.

Se cuenta una historia de los Covenantistas, de un hombre llamado Patrick Welwood, cuya casa fue rodeada en una ocasión en que un ministro se había escondido allí buscando seguridad. Los dragones de Claverhouse estaban a la puerta y el ministro había huido. Llamaron al dueño de la casa y le preguntaron:

—¿Dónde está el ministro?

—Se ha ido, y no puedo decir dónde, porque no lo sé.

Pero no se sintieron satisfechos con esta respuesta; lo torturaron, y debido a que no podía decirles dónde estaba (porque de verdad no lo sabía), le dejaron, después de aplicarle el tormento del tornillo en el pulgar. Luego se llevaron a su hermana, una muchacha que vivía en la casa. Creo que ella sí sabía dónde se escondía el ministro, pero al llevársela se lo preguntaron, a lo que ella respondió:



—No, antes moriré, pues no puedo traicionarlo al siervo de Dios, ni lo haré, con la ayuda de Dios.

La arrastraron al borde del agua y la obligaron a que se arrodillase, decididos a darle muerte. Pero el capitán dijo:

—Aún no; intentaremos atemorizarla.

Entonces, mandó a un soldado que se agachara y le pusiera la pistola contra la sien, instándola a que revelase dónde estaba el ministro, o moriría. Saltó el gatillo, pero la pistola no estaba cargada. Ella se sobresaltó, y le volvieron a hacer la pregunta:

—Dinos ahora dónde está —insistieron—, o te matamos.

—Nunca, nunca —dijo ella.

Volvieron a intentarlo. Esta vez descargaron un par de carabinas al aire para aterrorizarla. Al final resolvieron darle muerte de verdad, y entonces Trail, el ministro, que estaba escondido en un lugar cercano, sobresaltado por la descarga de las carabinas y dándose cuenta de que la pobre muchacha estaba a punto de morir por él, saltó adelante y gritó:

—Perdonad la vida a esta muchacha, y tomad la mía; esta pobre chica inocente, ¿qué os ha hecho?

La pobre joven ya había muerto, vencida por el mismo miedo, pero el ministro había salido dispuesto a morir él a fin de salvar la vida de ella.

Oh, amigos, a veces he pensado que el heroico martirio de la muchacha fue algo semejante al del bendito Jesús. Él viene a nosotros y nos dice: «Pobre pecador, ¿quieres tú ser mi amigo?». Y respondemos: «¡No!». «¡Ah! —dice él— Yo haré que lo seas; moriré por ti». Y va a morir a la cruz. Oh, pienso que podría lanzarme afuera y decir: «¡No, Señor Jesús! ¡No debes morir por un gusano así!».

De cierto, un sacrificio como éste es un precio demasiado alto que pagar por pobres gusanos pecaminosos. Con todo, mis oyentes, volviendo otra vez a lo que he dicho antes, oiréis todo esto, y nueve de cada diez de vosotros os retiraréis de este lugar y diréis: «Era una vieja historia»; y mientras que podéis derramar una lágrima por cualquier otra cosa, no derramaréis una sola lágrima por Jesús, ni emitiréis un solo suspiro por Él, ni le ofreceréis siquiera la más débil emoción de amor. ¡Ojalá no fuese así!

¡Ojalá Dios quisiera cambiar vuestros corazones, y que así pudieseis ser llevados a quererle!

Además, hemos de observar que Dios no tuvo en cuenta el mérito humano cuando Cristo murió; de hecho, ningún mérito podría haber ocasionado la muerte de Jesús. Aunque hubiésemos sido tan rectos como Adán, nunca habríamos merecido un sacrificio como el que Jesús llevó a cabo por nosotros. En otras palabras, por cuanto está declarado que «Cristo murió por los pecadores», se nos enseña que Dios tuvo en cuenta nuestros pecados, no nuestra justicia.

En efecto, cuando Cristo murió, murió por hombres sucios, malvados y abominables, no buenos y excelentes. Cristo no derramó su sangre por nosotros como santos, sino como pecadores. Nos consideró en nuestra inmundicia abominable, en nuestro alejamiento y desgracia, no en aquel estado excelso al que después nos eleva la gracia, sino en toda la descomposición en la que hemos caído por nuestro pecado. No podía haber mérito alguno en nosotros; y por ello Dios encarece su amor por medio de nuestra total indignidad.

De nuevo, es cosa totalmente cierta que, por cuanto Cristo murió por nuestros pecados, Dios no tenía interés propio que servir al enviar a su Hijo a morir. ¿Pues cómo podrían servirle a Él los pecadores?

Por otra parte, si Dios lo hubiese querido, podría haber aplastado esta madriguera de rebeldes y haber hecho otro mundo, en cantidad. Si Dios hubiese querido, en el momento en que el hombre pecó, podría haber dicho al mundo: «Serás quemado», y así como los astrónomos pueden ver la luz de un mundo lejano ardiendo a miríadas de millas de distancia, este mundo podría haber sido consumido con un calor que lo fundiese, quedando abrasado el pecado fuera de su barro. Pero no; aunque Dios hubiese podido crear otra raza de seres y habernos o bien aniquilado o bien habernos consignado al tormento eterno, se agradó de velarse en carne y morir por nosotros. Desde luego, ahí no podía haber ningún motivo de propio interés. Dios no ganaba nada con la salvación del hombre.

¿Cuáles son las atracciones de las voces humanas en el paraíso? ¿Cuáles son las débiles sinfonías que pueden cantar los labios humanos en la Tierra, en comparación con la muerte de nuestro Señor? Tenía suficientes ángeles. ¿O es



que no rodean día y noche su trono con regocijo? ¿O es que no son suficientes sus doradas arpas? ¿No es suficientemente grande la orquesta del Cielo? ¿Tiene nuestro glorioso Señor que dar su sangre para adquirir pobres gusanos para que unan sus miserables notas a la gran masa coral del universo? Sí, tiene que hacerlo; y por cuanto somos pecadores, y no tenemos posibilidad alguna de compensarle por su bondad, «Dios encarece su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros».

2. Pero hay otro encarecimiento del amor: Cristo murió por nosotros sin que le fuese pedido. Esto es, Cristo no me consideró como un heredero despierto del Cielo, sino como un heredero muerto, corrompido, perdido y arruinado del infierno. Si Él hubiese muerto por mí en mi condición de heredero despertado del Cielo, entonces yo hubiese podido rogarle que muriese por mí, porque en tal caso tendría capacidad y voluntad de orar; pero Cristo murió por mí cuando no tenía yo ni capacidad ni voluntad de elevar mi voz en oración a Él. Fue algo totalmente no pedido.

¿Dónde oíste que el hombre fuese el primero en misericordia? ¿Acaso pidió el hombre a Dios que le redimiese? No, más bien es al contrario; es como si Dios rogase al hombre que sea redimido. El hombre nunca pidió que pudiese ser perdonado, pero Dios le perdona, y luego se vuelve y clama:

«Volved a Mí, rebeldes hijos de los hombres, y tendré misericordia de vosotros».

Pecadores, si os pusierais de rodillas y de rodillas estuvieseis durante meses clamando por misericordia, sería una gran misericordia que la Misericordia pusiese sus ojos sobre vosotros; pero fue sin pedir, cuando estábamos endurecidos y en total rebelión, cuando no queríamos volver a Cristo, que vino a morir por nosotros. ¡Contadlo en el Cielo, contadlo en el mundo inferior! El asombroso amor de Dios sobrepuja todo pensamiento, porque el amor mismo murió por el odio; la Santidad se hizo crucificar para salvar a pobres pecadores, y sin que se le pidiese y sin que fuese buscado, como un manantial en el desierto, titilando espontáneamente con sus aguas juveniles, Jesucristo vino a morir por los hombres, por los hombres que no buscaban su gracia.

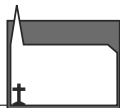
CONCLUSIÓN

Y ahora, mis queridos oyentes, quiero terminar, si me ayuda el Espíritu de Dios, tratando de encareceros el amor de Dios tanto como pueda, e invitando a todos aquellos de vosotros a que sintáis la necesidad de un Salvador, a que os aferréis a Él y le abracéis ahora como vuestro sacrificio todo suficiente.

En primer lugar, sé que le necesitas. Puede que tú mismo no seas consciente de ello, pero lo necesitas. Tienes una lepra en lo más íntimo de tu corazón; necesitas un sanador; dices, «soy rico», pero, pecador, no lo eres; estás desnudo, y eres pobre y mísero. Dices: «Dios al final me aceptará»; pero, pecador, sin Cristo no serás aceptado, porque todo el que no cree en Cristo «no tiene la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él». ¡Oh, la ira de Dios! Pecador, necesitas a Cristo, aunque no te des cuenta. ¡Oh, que el Señor te hiciese consciente de esto!

Además, se acerca el día en que sentirás tu necesidad de Cristo, si ahora no la sientes. Dentro de muy pocos años, quizás meses, incluso días, yacerás sobre el último lecho que soportará tu peso; pronto te depositarán sobre blandos almohadones, tu cuerpo estará debilitado y tu alma llena de dolor. Puede que vivas ahora sin Cristo, pero te será cosa difícil morir sin Él. Puede que te pases ahora sin este puente, pero cuando llegues al río te considerarás un insensato por haberte reído del único puente que puede llevarte al otro lado. Puede que menosprecies a Jesús ahora, pero ¿qué harás en las crecidas del Jordán? ¿O puedes hacer frente a la muerte sin temor? No, hombre, tú que te estremeces si caes víctima de alguna pequeña enfermedad, ¿qué harás cuando estés en las fauces de la muerte, cuando su huesuda mano te apretuje, y cuando su saeta haya entrado hasta lo más profundo? ¿Qué harás entonces sin un Salvador? ¡Ah, entonces le querrás!

¿Y qué harás cuando hayas pasado la negra corriente, y te encuentres en el Reino de los espíritus —en aquel día de juicio, cuando retumbarán los truenos y se desatarán las alas del rayo— cuando los torbellinos proclamarán con voz de trompeta la llegada del gran Juicio? ¿Qué harás cuando comparezcas ante su tribunal, delante del cual, atónitas, huirán las estrellas, temblarán los montes y el mar será evaporado con lenguas de bífida llama? ¿Qué harás entonces



cuando, desde su trono, Él exclame: «Ven aquí, pecador», y comparecerás solo, para ser juzgado por todas las obras hechas en tu cuerpo? Girarás la cabeza y dirás: «¡Oh! ¡Un abogado!». Y Él te mirará y dirá:

«Yo llamé, y rehusasteis; extendí mi mano, y nadie hizo caso; también Yo me reiré de vuestra calamidad, y me burlaré cuando venga vuestro temor».

¡Ah!, ¿qué harás entonces, pecador, cuando se establezca el tribunal? ¡Ah, habrá llantos! ¡Habrá llantos delante del tribunal de Cristo! ¿Y qué harás el día en que te diga: «Apartaos de Mí, malditos», y cuando el negro ángel, con un rostro más fiero que el rayo y una voz más fuerte que diez mil truenos, os grite: «¡Apartaos!», y te eche allí donde para siempre yacen aquellos malditos espíritus, atados con cadenas de hierro, y que fueron echados largo tiempo a la perdición? No me digas que te cuento cosas terribles; si son terribles de hablar, ¡cuán terribles serán de soportar! Si no te crees lo que te digo, no me extrañará que te rías de mí; pero por cuanto la mayoría de vosotros creéis esto, os pido la más solemne atención a esta cuestión.

¡Oídmeme, pues! ¿Creéis que hay un infierno y que estáis dirigiéndoos allí? ¿Y sin embargo proseguís vuestra insensata marcha? ¿Creéis que más allá de vosotros, cuando termina la corriente de la vida, hay un negro golfo de desdicha? ¿Y seguís, no obstante, navegando hacia allá, agotando vuestra copa de dicha, alegres en esta efímera vida? ¡Detente, pobre pecador, detente! ¡Detente! Puede que éste sea el último momento que tengas la oportunidad de detenerte. Por ello, te lo ruego, detente.

Y si sabes que eres un pecador perdido y arruinado, si el Espíritu Santo te ha humillado y te ha hecho sentir tu pecado, deja que te diga cómo serás salvo:

«El que crea en el Señor Jesucristo y sea bautizado, será salvo; el que no crea, será condenado» (Mr. 16:16).

¿No te gusta este mensaje? ¿Debería haber dicho alguna otra cosa, y no esto? No cambiaré mi mensaje por mucho que no te guste. Lo que Dios diga, yo diré; lejos de mí alterar el mensaje del Altísimo; lo que haré será, con su ayuda, comunicar su verdad sin modificarla.

Pero, ¿qué es creer? Os lo diré de una manera tan llana como pueda: creer es dejar de

confiar en uno mismo, y confiar en Jesucristo como tu Salvador. Como dijo aquel hombre sencillo:

«Mire, así es como yo creo: cuando veo una promesa no me pongo de pie sobre la promesa, sino que digo: *la promesa es firme y fuerte*. Y me tumbo sobre ella. Si la promesa no me aguanta, entonces es culpa de la promesa. Pero me tumbo sobre ella».

Esto es fe:

«Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero» (1 Ti. 1:15).

La fe es decir:

«Bien entonces, me hunda o flote, ésta es mi única esperanza; perdido o salvado, es mi único refugio. Estoy resuelto, porque es mi última defensa. Tanto si allí pereciere y muriere, junto a su cruz aferrado seguiré».

«¡Qué! —dice alguien— ¿nada de buenas obras?».

Las buenas obras vendrán después, pero no van con ella. Has de acudir a Cristo no con tus buenas obras, sino con tus pecados, y si acudes con tus pecados, te los quitará y te dará después buenas obras que hacer. Después que creas, habrá buenas obras como efecto de tu fe. Pero si te crees que la fe será efecto de las buenas obras, estás errado. Es «cree y vive». Cowper las llama las palabras vivifica-doras del alma: «cree y vive». Ésta es la suma y sustancia del Evangelio.

¿Dice alguno de vosotros que esto no es el Evangelio? Entonces un día os preguntaré qué es el Evangelio. ¿No es ésta la doctrina que predicó Whitefield? Decidme, ¿qué otra cosa tronó Lutero, cuando sacudió el Vaticano? ¿Qué otra cosa proclamaron Agustín y Crisóstomo, sino esta doctrina de la salvación en Cristo por la sola fe? ¿Qué escribió Pablo? Escudriñad sus epístolas. ¿Qué dijo el mismo Salvador, cuando dejó registradas estas palabras: «Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo»? ¿Qué fue lo que mandó a sus discípulos que les enseñase? Que les enseñase esto. Las mismas palabras que ahora he repetido fueron su último encargo:

«El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado» (Mr. 16:16).



Pero me insistirás: «¿Cómo puedo creer que Cristo murió por mí?». Bien, pues así; a saber, Él dice que murió por los pecadores. ¿Puedes decir que eres un pecador? No me refiero a aquella fina y bien educada frase que muchos de vosotros empleáis cuando decís: «Sí, soy un pecador», pero que cuando nos sentamos y te pregunto: «¿Quebrantaste este mandamiento?», me respondes, «¡Oh, no!». Y, sin embargo, sois pecadores.

Ahora bien, ésta es la clase de pecadores a la que no voy a predicar. Los pecadores a los que querría llamar al arrepentimiento son aquellos a los que Cristo invitó —aquellos que de verdad dicen lo que dicen cuando confiesan que son pecadores—, aquellos que saben que son culpables, viles y perdidos.

Si conoces tu condición de pecador, Cristo murió en verdad por ti.

Recuerda aquel notable dicho de Lutero:

«Satanás vino a mí una vez y me dijo:

—Martín Lutero, estás perdido, porque eres un pecador.

Y yo le repliqué:

—Satanás, gracias por decirme que soy un pecador, porque, por cuanto dices que soy un pecador, así te respondo: *Cristo murió por pecadores, y si Martín Lutero es pecador, Cristo murió por él*».

¿Puedes asirte de esto, tú que me estás oyendo? No es en base de mi autoridad que te lo digo, sino en base de la autoridad de Dios. Ve y regocíjate, porque si eres el más grande de los pecadores, serás salvo, si crees...

«Jesús, tu sangre y justicia son

mi gloria y hermoso vestido;

en medio de la conflagración

por ti seré protegido.

En aquel día no temeré,

¿pues quién a mí me ha de acusar?

En Cristo tengo la absolución

de toda mi culpa y maldición».

Canta esto, pobre alma, y habrás comenzado a cantar el cántico del Paraíso. Quiera el Señor, y el Santo Espíritu, aplicar estas sencillas declaraciones de verdad a la salvación de vuestras almas.

2. OMNISCENCIA

«Tú eres Dios que ve» (Génesis 16:13).

INTRODUCCIÓN: El hombre, espectáculo de ángeles y observado por Dios

I. LA DOCTRINA GENERAL: Dios nos ve

1. Demostración por la naturaleza de Dios

2. Demostración por las Escrituras

3. Dios, activo, no pasivo

4. Dios, no sólo omnisciente, también presciente

II. LA DOCTRINA ESPECIAL: «Tú, Dios, me ves»

1. Dios nos ve personalmente

2. Dios nos ve en todas partes

3. Dios nos conoce mejor que nosotros mismos

III. DIFERENTES INFERENCIAS PARA PERSONAS DIFERENTES

1. Para los dados a la oración

2. Para los ansiosos

3. Para los calumniados

4. Para los impíos que no conocen a Cristo

CONCLUSIÓN: Dios ve, juzga y ofrece salvación

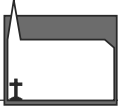
OMNISCENCIA

INTRODUCCIÓN

Hay más miradas clavadas sobre el hombre de las que él se piensa: él no ve como es visto. Él se considera oculto y no observado, pero que recuerde que toda una nube de testigos lo está observando de pleno. Allí donde esté, en cada instante, hay seres con la atención puesta intensamente en todo lo que hace, y con los ojos constantemente fijos en sus acciones.

No dudo que dentro de este auditorio hay miríadas de espíritus que nosotros no podemos ver: espíritus buenos y espíritus malos; sobre nosotros están posados los ojos de ángeles; con toda atención, estos espíritus perfectos contemplan nuestro orden, oyen nuestros cánticos, observan nuestras oraciones. Y puede que vuelen al Cielo a comunicar a sus compañeros las noticias de aquellos pecadores que nacen de nuevo de Dios, porque hay gozo en presencia de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente...

Millones de criaturas espirituales andan por esta Tierra, tanto cuando estamos despiertos como cuando dormimos; la medianoche está



poblada de sombras no vistas, y la luz del día tiene también sus espíritus. El príncipe del poder del aire, asistido por sus escuadrones de malos espíritus, atraviesa con frecuencia el éter. Los malos espíritus observan cada momento nuestras vacilaciones, mientras los buenos espíritus, batallando por la salvación de los escogidos de Dios, nos guardan en todos nuestros caminos, para que nuestro pie no tropiece en piedra. Huestes de seres invisibles ayudan a cada uno de nosotros en diferentes períodos de nuestras vidas. También hemos de recordar que no sólo nos contemplan los espíritus angélicos, escogidos o caídos, sino que también «los espíritus de los justos hechos perfectos» contemplan continuamente nuestra conducta.

El apóstol nos enseña que la noble muchedumbre de mártires y la gloriosa compañía de confesores son «testigos» de nuestra raza en el Cielo, al decir:

«Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia» (He. 12:1).

Desde el cielo azul allende los ojos de los glorificados nos contemplan; allí los hijos de Dios están sentados en estelares tronos, observando si sostenemos varonilmente la bandera alrededor de la que ellos lucharon; contemplan nuestro valor, o detectan nuestra cobardía; y tienen el deseo de ser testigos de nuestras nobles acciones, o de nuestra ignominiosa desbandada en el día de la batalla.

Recordad esto, vosotros, los hijos de los hombres: no pasáis desapercibidos; no recorréis el mundo en oscuridad e incógnito. En las más tenebrosas sombras de la noche, hay ojos que os contemplan a través de la negrura. En el resplandor del día, los ángeles son espectadores de vuestras labores. Desde el Cielo, os contemplan espíritus que ven todo lo que seres finitos puedan contemplar. Pero si creéis que vale la pena atesorar este pensamiento, hay otro que recapitula todo esto y lo anega, de la misma manera que una gota de agua se pierde en el océano; y es el pensamiento de que «Tú, Dios, me ves».

En efecto, nada es que los ángeles me vean, nada es que los demonios me contemplen, nada es que los espíritus glorificados me observen, en comparación con la abrumadora verdad de que

Tú, Dios, me ves en todo tiempo. Reflexionemos ahora acerca de esto, y que Dios el Espíritu haga empleo de ello para nuestro provecho espiritual.

I. LA DOCTRINA GENERAL

1. El hecho de que Dios nos ve puede ser fácilmente demostrado, ya desde la misma naturaleza de Dios. Sería difícil suponer un Dios que no pudiese ver a sus propias criaturas; sería extremadamente difícil imaginar una divinidad que no pudiese contemplar las acciones de las obras de sus manos.

La palabra que los griegos aplicaban a Dios implicaba que era un Dios que podía ver: le llamaban *Theos*, y derivaban esta palabra de la raíz *theisthai* (que significa «ver»), porque consideraban a Dios como el que todo lo veía, cuya mirada abarcaba todo el universo de golpe, y cuyo conocimiento sobrepasaba en gran manera al de los mortales. Dios Omnipotente, por su misma esencia y naturaleza, ha de ser un Dios omnisciente. Eliminemos el pensamiento de que Él me ve, y extinguiremos la deidad de un solo golpe.

Ciertamente, no habría Dios si Dios no tuviese vista, porque un Dios ciego no sería Dios de ninguna manera; no podríamos concebir un Dios así. Por ello, cuando decimos «Tú, Dios», de hecho en esta expresión comprendemos la idea de un Dios que todo lo ve. Ni siquiera los idólatras adoraban dioses ciegos, sino que algunos de ellos eran llamados «dioses de visión lejana».

2. Más aún, estamos seguros de que Dios ha de vernos porque en las Escrituras se nos enseña que Dios está en todo lugar; y si Dios está en todo lugar, ¿qué puede impedirle ver todo lo que se hace en cada rincón de su universo? Dios está aquí: no se trata simplemente de que yo viva cerca de Él, sino que «en Él vivo, y me muevo, y soy». No hay una partícula de este inmenso espacio que no esté llena de Dios. En cada porción de la tierra que pisamos, y en el lugar donde nos movemos, ahí está Dios:

«Dentro de tu poder me encuentro yo; en todo lugar tu mano encuentro.

Si velo, si duermo, en casa o tierra extraña, por Dios sigo estando rodeado».

Toma las alas del alba y vuela más allá de la estrella más distante, que Dios estará allá. Y



es que Dios no es un ser limitado a un lugar, sino que está en todas partes, está allá y allá y acullá, en las más profundas minas jamás horadadas, en las insondables cavernas oceánicas, en las alturas majestuosas y excelsas, en las profundas fosas marinas nunca alcanzadas por las sondas, Dios está en todas partes...

Sé por sus propias palabras que es un Dios que llena la inmensidad: los Cielos no son lo suficientemente espaciosos para Él; toma el sol con una mano y la luna con la otra; se extiende por el éter ignoto. Allí donde jamás han batido las alas de serafín alguno, allí está Dios. Y allí donde la solemnidad del silencio jamás ha quedado rota por el cántico del querubín, ahí está Dios. Dios está en todas partes. Concibe el espacio, y Dios y el espacio son iguales. Bien, pues, si Dios está en todas partes, ¿cómo puedo yo dejar de creer que Dios me ve allí donde estoy?

Él no me contempla desde una distancia: si así fuese, me podría poner a cubierto bajo las sombras de la noche; pero ahí está, junto a mí. Y no sólo junto a mí, sino también en mí, dentro de este corazón, allí donde estos pulmones se abren y cierran, o donde mi sangre fluye por mis venas, o donde palpita este mi pulso, como un tambor apagado, tocando mi marcha hacia la muerte. Sí, Dios está ahí, dentro de esta boca, en esta lengua, en estos ojos. Dios mora en cada uno de vosotros, está dentro de vosotros y a vuestro alrededor, está a vuestro lado, detrás y delante. ¿No es demasiado maravilloso para vosotros este conocimiento? ¿No es excelso, que no podéis alcanzarlo? Os digo yo: ¿cómo podéis resistir la doctrina, que os viene como un resplandor que alumbrá, que si Dios está en todas partes lo ha de ver todo, y que por ello es cierto que «Tú, Dios, me ves»?

3. Pero para que nadie suponga que Dios puede estar en un lugar y, sin embargo, adormecido, recordemos que en cada punto al que podamos acudir no hay simplemente Dios, sino la actividad de Dios. Allí donde vayamos encontraremos no a un Dios estático, sino a un Dios activo en los asuntos de este mundo. Llevadme al verde prado y a los agradables pastos; allí, en cada verde brizna de hoja, hay la mano de Dios, haciéndola crecer; y cada diminuta margarita, que a los niños les gusta arrancar, mira arriba con sus ojitos, y dice:

«Dios está en mí, haciendo circular mi savia y abriendo mi pequeña flor».

Id por donde queráis por esta ciudad de Londres, donde apenas si se encuentra vegetación, mirad más allá y contemplad las lejanas estrellas: Dios está activo allá; es su mano la que hace mover las estrellas y hace ir la luna por su curso nocturno. Pero si no vemos ni las estrellas ni la luna, ahí tenemos esas nubes, pesadas como tinieblas, como los carros de la noche, ¿quién las mueve por el mar azul? ¿No es acaso el aliento de Dios soplando sobre ellas lo que las impulsa por los cielos?

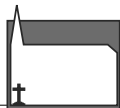
Sí, Dios está en todas partes, y no adormecido, sino activo. Me encuentro sobre el mar: allí veo a Dios haciendo que el perpetuo pulso de la naturaleza palpite en constante flujo y reflujo. Estoy en el desierto sin sendas, pero por encima de mí chillá el buitre y veo a Dios poniendo alas al vuelo de esta ave silvestre. Me encuentro encerrado en una ermita, pero un insecto cae de su hoja, y veo, en aquel insecto, una vida que Dios preserva y sustenta. Más aún, excludme de la creación animada y ponedme sobre una desolada roca donde el mismo moho no puede encontrar donde arraigar: allí discerniré a mi Dios sobrellevando las columnas del universo y sosteniendo aquella desnuda roca como parte del colosal fundamento sobre el que ha edificado el mundo...

«Allí donde nuestros escrutadores ojos volvamos,

tus radiantes huellas resplandecen;
miriadas de maravillas surgen
y su divina fuente proclaman.

Las vivientes tribus de incontables formas,
en la Tierra, aire y mar,
moscas insignificantes y exiguos gusanos,
el omnipotente poder declaran».

Veréis a Dios en todas partes, si le veis a vuestro alrededor, mirad en vuestro interior... ¿No está ahí? ¿No está vuestra sangre ahora fluyendo por cada porción de vuestro cuerpo, hacia y desde vuestro corazón? ¿Y no está ahí Dios activo? ¿No sabéis que cada pálpito y latido de vuestro ser necesita la voluntad de la Deidad como su permiso, y que necesita el ejercicio del poder divino como su causa? ¿No sabéis que cada vez que respiráis necesitáis de la Deidad para inhalar y exhalar, y que moriréis si Dios retira este poder?



Si pudiésemos mirar en nuestro interior, hay obras poderosas que tienen lugar en esta estructura mortal —el ropaje del alma—, que os dejarían atónitos, y que os harían ver que verdaderamente Dios no está dormido, sino que está activo y ocupado. Hay en todas partes la acción de Dios, un Dios con sus ojos abiertos en todas partes, un Dios que está haciendo algo, no un Dios adormecido, sino trabajando. Entonces, conociendo esto, ¿no atraviesa vuestra mente la convicción con toda fuerza, contra la que no podéis cerrar los ojos, de que por cuanto Dios está en todas partes y en todo lugar activo, que la consecuencia necesaria e inevitable es que ha de vernos y conocer todas nuestras acciones y obras?

4. Tengo otra prueba que ofrecer, que creo concluyente. Atended a aquellas antiguas profecías, leed lo que Dios dijo acerca del fin de Babilonia y de Nínive; dirigíos al capítulo donde leáis de la sentencia sobre Edom, o allí donde se os dice que Tiro será una desolación; luego pasearos por las tierras al polvo, las ciudades en ruinas, y responded a esta pregunta: ¿No es Dios un Dios presciente? ¿No puede ver las cosas que han de venir?

Puede, y no hay nada que vaya a suceder en el siguiente ciclo de mil años que no haya pasado ya en la infinita mente de Dios; ninguna acción que vaya a tener lugar mañana, o pasado, o al siguiente día, a lo largo de la eternidad, si es que los días pueden ser eternos, sin que Dios lo sepa todo. Y si Él sabe el futuro, ¿no conoce entonces el presente? Si sus ojos penetran la neblina oscura que nos vela las cosas del futuro, ¿acaso no podrá ver aquello que se halla bajo el resplandor del presente? Si puede ver a gran distancia, ¿no podrá ver lo que es cercano? Desde luego, aquel Ser divino que discierne el fin desde el principio, ha de conocer las cosas que tienen lugar ahora, y ha de ser cierto que «Tú, Dios, me ves»; sí, a la totalidad de nosotros, a toda la raza de los hombres.

II. LA DOCTRINA ESPECIAL

Llego ahora, en segundo lugar, a la doctrina especial: «Tú, Dios, me ves».

Bien, veamos, hay una desventaja al tener a tantos oyentes, como siempre la hay al dirigirse a más de una persona a la vez, porque cada uno puede pensar: «No me está hablando a mí».

Jesucristo predicó una vez un sermón de gran éxito cuando tuvo sólo una persona que le oyese, una mujer sentada junto a un pozo; no podía ella pensar que Cristo estaba predicando a alguna otra persona. Y el Señor le dijo:

«Ve, llama a tu marido, y ven acá».

Hubo algo ahí que incidió en el corazón de la mujer; no podía evadir la confesión de su culpa.

Se dice que cuando hablaba Rowland Hill, aun si te encontrabas junto a una ventana, o más lejos, al lado de la puerta, siempre tenías la convicción de que te estaba predicando a ti. ¡Ah, ojalá pudiese predicar de esta manera! Si tan sólo pudiese hacerte sentir que te estoy predicando a ti en particular, que te individualizo y que cada una de mis palabras las dirijo a ti, entonces podría esperar conseguir un cierto efecto. Porque quiero que escuches esta verdad y la hagas tuya: «Tú, Dios, me ves».

1. Fijate en esto: Dios te ve —seleccionando a quienquiera de esta congregación—, te ve a ti, y te ve tanto como si no hubiese nadie más en el mundo a quien mirar. Si yo me encuentro con que tengo aquí a toda esta gente a la que mirar, evidentemente mi atención ha de quedar dividida; pero la infinita mente de Dios puede centrarse en millones de objetos a la vez y, por otro lado, concentrarse tanto sobre una como si no hubiese nada más que aquella; de modo que tú, esta noche, eres contemplado por Dios tanto como si a través de todo el espacio no hubiese otro ser más que tú. ¿Puedes concebir esto?

Supón que las estrellas desapareciesen en la negrura, supón que todos los ángeles muriesen; imagínate que han desaparecido todos los espíritus glorificados por encima de ti y que tú, el último hombre, te has quedado solo, y que Dios te está contemplando. Pues bien, Dios te está contemplando precisamente así esta noche, de una manera tan total y absoluta, sin división ni distracción, como si fueses el único ser que sus manos hubiesen hecho. ¿Puedes darte cuenta de esto? Los ojos de Dios te están observando...

Más aún, Dios te ve enteramente. Él no meramente observa tus acciones; no simplemente observa cuál es la apariencia de tu rostro; no sólo entra en su visión cuál pueda ser tu postura, sino recuerda esto, Dios ve lo que estás pensando: Él mira el interior. Dios tiene una ventana en